

goces humanos, y con qué facilidad la alegría de estos instantes puede trocarse en amargura sin fin.

No sucederá así contigo, afortunado patriarca. Feliz eres no sólo porque la Virgen sin mancha se une á tí con lazo indisoluble, sino porque esta Virgen se ha preparado á las bodas con largos años de retiro á la sombra del augusto Templo.

Con razón en los siglos de fe acostumbraron las familias cristianas educar de igual manera á sus hijas, y hacerlas pasar, sin intermedio, del convento al altar. El mundo puede condenar esta práctica; pero ¿qué garantía mejor para el esposo que este apartamiento de todos los peligros? ¿Qué tesoro mayor que un corazón puro y sin mancha, que una esposa que se presenta á su esposo ataviada aún con el cándido ropaje bautismal?

Tal suerte te ha cabido, joven venturoso. Ni á teatros ni á saraos has tenido que ocurrir para ganar el afecto de la virgen que va á unirse á tí en santa coyunda. No á través de las ventanas has tenido que requerirla de amores. Como José allá en Jerusalén, como los esposos de los siglos cristianos, á su retiro has venido á buscarla, y á sus guardianes la has pedido en el mismo santuario. Un corazón puro te entrego: una mano inmaculada pongo en la tuya. Aprende á estimar el tesoro de que te damos posesión, y que nada pierda en tu poder de su altísimo brillo.



DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE MONTERREY

LA TARDE DEL 11 DE OCTUBRE DE 1885.



DISCURSO



LOS hechos que el Señor Rector acaba de narrar en su interesante informe me sorprenden y afligen sobremanera. En todas partes hay estudiantes que faltan á sus deberes, en todas partes hay padres de familia que amen á sus hijos hasta perderlos; pero de lo que ha sucedido este año puede decirse lo que San Pablo escribía á los Corintios: *me llegan de vosotros tales noticias, que no se oyen ni entre los gentiles.* Habéis visto á un niño prematuramente vicioso que seduce á sus compañeros y amenaza corromper á todo este floreciente Colegio; habéis visto al digno Rector conciliando con exquisita prudencia sus deberes de padre de los educandos, con las consideraciones debidas á las familias de los culpables, y procurando salvar á todo trance el honor de los criminales; habéis visto que quien más interesado estaba en guardar este honor, pues se

trataba nada menos que de su propio hijo, es el primero que lo echa por tierra, dando á la prensa soeces escritos y publicando su propia infamia; habéis visto que encontró fácilmente envilecidos publicistas que se resignaron á hacer el triste papel de *souteneurs* (no me atrevo á decirlo en castellano) y lo que es infinitamente peor, se han hallado lectores para lo que ya no podemos llamar simplemente disparates. Esto es ya suficientemente grave, pero no es todavía lo más lamentable. Cuando el rostro del niño demuestra los estragos del vicio prematuro, cuando éste confiesa su propia gravísima falta, el padre de este desdichado lo excusa, y sostiene que un pecado que condenan á la par las leyes divinas y humanas, que se ve con horror aun entre los gentiles y mahometanos, es una falta ligera, disculpable, digna de risa más bien que de vituperio, y afirma de palabra y por escrito que su hijo es inocente, y pretende que el que apenas cabría en una casa de corrección permanezca en un colegio de tiernos educandos, figure como miembro de un seminario, inficione con su hálito emponzoñado la inmaculada juventud cuya educación se ha encomendado á la Iglesia.

Jamás me imaginé, Señores, que semejante escándalo se diera en medio de un pueblo que he pregonado siempre como modelo de moralidad. Jamás me imaginé que las mismas hojas periódicas que cada día gritan contra la prostitución y piden fuego del cielo sobre las cortesanas, de tal suerte se vendieran al primer venido, que se convirtieran en patronos del escándalo y abogaran por la temprana corrupción de la niñez. Jamás me imaginé, sobre todo, que al arrojar así la máscara tan degrada-

dos escritores, hallaran todavía quien leyera y comprara sus obscenos libelos, deshonor del pueblo en que se publican, y que mancillarían, si los admitiera en su seno, aun una sociedad de mahometanos y hotentotes.

Y sin embargo, tales son los hechos que me han revelado, al llegar, las mismas hojas periódicas recién publicadas, y el informe que acabamos de escuchar. Esto me descubre una llaga terrible, un cáncer devorador oculto hasta aquí en esta sociedad cuya honra tanto me atañe, y á quien estoy dando una prueba de amor con mi sola presencia. Es deber mío, por tanto, en vez de hablar hoy, como otras veces, sobre las ventajas de tales ó cuales estudios, ó la superioridad de tal ó cual sistema de enseñanza, el hacer breves observaciones (ya que el tiempo no permite una larga oración) sobre los deberes de los padres de familia por lo que toca á la educación moral de sus hijos. El asunto es de vital importancia: no me neguéis vuestra atención.

“Seméjase la virgen á la rosa,
Que en bello huerto, en la materna espina
Mientras segura y cándida reposa
Ni cabra ni zagal la contamina.
La húmeda aurora, el aura cariñosa,
El cielo, el aire á su favor se inclina:
Y á hermosísimas niñas y mancebos
Coronan sus espléndidos renuevos.

“Mas si burlando el maternal desvelo
Alguien la arranca de su tallo verde,
Cuanto los hombres diéranle y el cielo,
Honor, gracia, belleza, todo pierde.

La niña que guardarla con más celo
Que su vida y sus ojos no recuerde,
Pierde, al perder la flor de su pureza,
Honra, estima, valor, gracia y belleza.”

Estos versos de uno de los grandes épicos italianos, que os he traducido á vuela pluma, han hecho siempre profunda impresión en cuantos los han leído ó escuchado, y no dudo que á vosotros también os conmoverán profundamente. Es que no sólo las ricas galas de la dicción y el expresivo símil que los llena forman su mérito principal, sino la verdad profunda y conmovedora que encierran. Y notad que el Ariosto estaba muy lejos de ser lo que llamamos un beato; y que él mismo, en no pocos de sus versos, faltó á los principios de moralidad que en los que acabo de leer os asienta. Notad que tampoco son del todo originales del fecundo poeta, y que el pensamiento y la comparación los había ya estampado con igual belleza y energía, vate pagano del antiguo Lacio. Pero el afán y cuidado con que una alma virgen ha de custodiar esa flor preciosa que aun los gentiles tenían en tanta estima, es una verdad tan indiscutible y está de tal suerte grabada en el ánimo de todos, que al oirla enunciar, sobre todo con tanta gracia, no hay corazón bien formado que no palpite y se estremezca.

¿No es verdad, oh madres que me escucháis, que al oír hablar de esa cándida rosa, que crece galana en el materno tallo, sola, sin peligros, sin que se le acerque animal dañino ni ávido labriego á contaminarla con su aliento; no es verdad que vuestro pensamiento se ha fijado desde luego en esos virginales pimpollos que crecen á vuestro lado y que cuidáis como la pupila de vuestros

ojos? ¿No es verdad que al oír al poeta hablar de esa mano atrevida, que arranca del verde tallo la hermosísima flor, habéis involuntariamente temblado, pensando que el menor descuido podría ser causa de que á vuestro tierno niño ó á vuestra hija hermosa se arrebatara en un momento esa blanca azucena?

¡Oh! Más fácil fuera detener el ímpetu del torrente, allanar las vecinas montañas, convertir en arenoso desierto el inmenso mar, que volver á colocar en su tallo ese lirio odorífero, que devolver su lozanía y su blancura á sus pétalos una vez deshojados. Y si apenas bastan continuos afanes y no interrumpidos desvelos para conservar esa flor aromática y darle el riego que para crecer necesita, sólo un instante es necesario para arrancarla; el más ligero soplo la seca, el hálito más insignificante la empaña.

He aquí por qué la conservación de este lirio ha formado siempre la base de la educación así en el hogar doméstico como en los colegios. No quiero hablaros ahora de los preceptos cristianos, no de las máximas que inculcan los Padres de la Iglesia. Refiérome tan sólo á esos libros de higiene y de esa moral llamada independiente que con profusión circulan; aludo aun á los escritos de los mismos paganos y á la historia de la antigüedad.

Aun aquellos que proclaman que ciertos delitos no manchan al hombre, y se arrogan toda clase de libertades, acostumbran respetar al niño, mandan que se le respete, castigan á quien olvida la veneración que á la inocencia se debe. En cuanto á los cristianos, que sabemos que el profanar el templo del Espíritu Santo está vedado

igualmente al adulto y al infante, al monje y al hombre de mundo, figuraos con cuánta escrupulosidad no cuidaremos el cercado jardín en que guarda la niñez esa flor sin mancilla. Terribles son las palabras de Jesucristo: *El que escandaliza á uno de estos pequeñuelos, merece que se le ate al cuello una piedra de molino y se le arroje al fondo del mar.* Esta máxima, proferida por la Verdad increada, forma la base de la educación de quienquier que se precia del nombre de cristiano.

¡Y á fe que tenéis razón, oh padres de familia! Los hijos, como dice el Crisóstomo, son un precioso depósito que os ha confiado el Omnipotente; os toca ser sus ángeles custodios, y tendréis que rendir de ellos estrecha cuenta al Juez Supremo de vivos y muertos. ¡Ay de vosotros si por vuestra culpa ó negligencia se sumergen en el vicio! Al ser ellos condenados á las llamas eternas os arrastrarán infaliblemente á vosotros al fondo del bátraro. Si vosotros sois verdugos de vuestros hijos, arrojándolos en el cieno del vicio, ellos á su vez serán verdugos vuestros en justísima retribución. ¡Ay de vosotros, si permitiendo que caigan en malas compañías, y celebrando como donosas ocurrencias sus tempranos extravíos, dejáis que caiga deshojada la flor de su inocencia!

El Superior de un establecimiento de educación queda, por voluntad de los padres naturales, sustituido á ellos mismos. Tiene que hacer sus veces en todo y por todo; y si adquiere sobre los niños derechos, aunque temporalmente, también acepta obligaciones tremendas. La principal es cuidar de su inocencia. Tiene, sí, que velar sobre su cuerpo, pero más aún sobre su alma. Es deber suyo enseñarle las letras y las ciencias; pero más aún el

santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría. Si sería crimen en un Rector de colegio encerrar al niño entre áspides y basiliscos; poblar su recinto de perros rabiosos ó de toros enfurecidos, más grave sería su delito permitiendo la entrada á jóvenes corrompidos, más perniciosos aún que la serpiente más venenosa. Si alguno de estos seres prematuramente inficionados fuerza las puertas del plantel á sus afanes cometido, tiene la estrecha obligación ante Dios y ante los hombres, ante sus jefes eclesiásticos y ante los padres de familia, de expeler sin tardanza al joven corrompido y corruptor. De otra manera será responsable de las desgracias que ocasione; y si por su negligencia se mancha la flor de la pureza de alguno de sus educandos, el Señor le pedirá irri-tado alma por alma, y la sociedad, justamente indignada, lanzará sobre él sus anatemas.

No los arrojará, por cierto, sobre el benemérito Rector, que con tanta energía ha expurgado el plantel que su Obispo le confiara, de los tiernos criminales que no sé cómo se habían introducido en este bendito recinto. Lo felicito de corazón por las diatribas y calumnias con que lo han honrado inicuos aventureros. Hay seres, incapaces de abrigar ni comprender un sentimiento noble, que se figuran que nuestros establecimientos son tiendas abiertas por vil especulación. La historia de todos los seminarios de la República, si se toman el trabajo de abrirla, les probará lo contrario. Privados de sus bienes, despojados de sus edificios por manos rapaces, oprimidos y cerrados de mil injustas maneras, todos se han vuelto á abrir, renaciendo más vigorosos que nunca de sus cenizas, é invitando á su seno á la estudiosa juventud.

Pero sabed que esta invitación no es tan general que renunciemos al derecho que tiene todo hombre de mandar en su propia casa, y admitir en ella tan sólo á quien le plazca. Sabed que un seminario no es una fonda, en que haya obligación de alojar á todo el que paga su entrada. Sabed que no se nos compra con viles monedas, y que aunque nos ofrezcáis sacos de doblones, jamás admitiremos en nuestros planteles de educación á parroquianos de tabernas y lupanares.

Lo que ha sucedido este año es una garantía, Señores, de que podéis confiarnos á vuestros hijos, sin temor de que os los devolvamos criminales. En la enérgica conducta del egregio Rector, tenéis una prenda de que la inocencia de vuestros hijos se ha conservado y se conservará entre nosotros; de que su virtud no ha padecido ni padecerá detrimento.

Á quien de tal manera ha escudado á vuestros niños, interponiendo aun su propio cuerpo entre ellos y las flechas emponzoñadas de jóvenes viciosos y de sus cómplices y receptadores, ¿permitiréis que se pague con insultos y viles calumnias? ¿Seguiréis fomentando con vuestro dinero y favoreciendo con vuestra lectura publicaciones tan insulsas como impías que, en cambio del veneno que destilan en vuestras familias, no os proporcionan siquiera un artículo sensato, un párrafo redactado en castellano, un chiste donoso, una noticia oportuna, un anuncio interesante? Jamás había hablado sobre este asunto aguardando que la iniquidad se desenmascarase á sí propia. Ya lo ha hecho, Señores. Ya no declama sólo contra el llamado fanatismo, ni aboga simplemente por los asesinos de sacerdotes. Ahora patro-

cina abiertamente la inmundicia, pregona la inmoralidad más grosera, dirige sus saetas al corazón de vuestros hijos. Ved, Señores, si podréis en adelante, sin sonrojaros, tolerar que el contacto de esas pornográficas hojas mancille á vuestras esposas y á vuestras hermanas. En cuanto á mí, cumplo con el deber de señalaros el mal y de indicaros vuestras obligaciones, con las enérgicas frases que la urgencia del caso requiere. ¡Curioso sería el cirujano que quisiera extirpar un cáncer con guante de seda, ó amputar un miembro podrido con diminuto cortapluma!

Perdonadme, Señores, si en una reunión tan respetable me he visto obligado, *proh pudor!* á tratar asunto tan escabroso. Si no se lleva el viento estas palabras con la rapidez que acostumbra; si pasa esta arenga á la generación que nos ha de suceder, triste idea se formarán nuestros pósteros de una sociedad que, nada menos que en un seminario, ha menester de tales admoniciones. Pero más desfavorable sería su opinión si sobreviviesen las indignas publicaciones á que aludo, y no vibrase para nada el eco de una voz digna y robusta que las condenase. Las severas palabras del Señor Rector y las mías, con tanta atención y con signos de manifiesta aprobación escuchadas, vindican completamente vuestra sociedad. Que continúe tan morigerada como hasta ahora, son los fervientes deseos de quien es todavía vuestro Pastor.